

El regreso de Narciso y su mito

En la actualidad los jóvenes enfrentan a lo que ordinariamente ya se le conoce como en mundo de la imagen, y tal realidad conduce hacia un mundo donde la apariencia significa más que la esencia; la imagen ha cobrado tales “verdades”, que adolescentes y jóvenes giran sobre ella.

La imagen tanto social como pictórica refleja un comportamiento, una conducta, una significancia de cómo las estructuras donde la sociedad juvenil se está desarrollando, a la vez que, los mismos jóvenes reestructuran esas imágenes para convertirlas en patrones a seguir, en modelos de vida y en los tan ya famosos estilos.

Esta importancia que le brindan al mundo de la imagen y la apariencia se reflejada en el regreso mítico de lo que fue el bello Narciso, que de pronto un día se encontró con su reflejo y se enamoró de sí mismo, olvidándose de los demás.

La historia griega no parece quedarse en el olvido, no parece que ésta historia se haya mitificado sino que ha ahora se ha reformado, de tal forma, que no sólo los jóvenes se enamoran de sí mismos y olvidan a los demás, sino que prefieren seguir olvidados de los otros y hasta de ellos mismos, haciendo de éste mito que el papel que ocupa Narciso sean los objetos materiales, las formas, los aspectos, la vida cómoda y placentera; encontrando el reflejo de esa “belleza” en centros nocturnos, en bares, en las grandes tiendas comerciales.

Los diálogos juveniles ahora se encuentran centrados en el poder de la adquisición tecnológica, en la presunción de las formas de vida, en las falsas ilusiones por ocupar estratos sociales, en la moda, en fin en toda una serie que convierte el río donde Narciso se observó por primera vez, en algo más vanguardista que los elementos de esa mitología griega: en un discurso banal, incapaz de preocuparse por quienes más lo necesitan.



El regreso de Narciso simboliza una fijación por obtener la belleza a costa de precios, más que ser bello por dentro, es más importante estar decorado por fuera. Cuando el automóvil suprimió las caminatas por los jardines y los parques, el Narciso antiguo desapareció, y nació uno nuevo el Narciso que no se preocupa por su preciosidad y perfección individual, sino por la “lindeza” de lo material, de lo inanimado.

Si nuestras generaciones continúan enamorados de los objetos, si el interés por las cosas y las sustancias se prolongan es muy probable que la historia de los nuevos narcisos termine ahogándose ya no en un río sino dentro de la trivialidad y puerilidad de lo absurdo.

Por: María Velázquez Dorantes / mvdorantes@yahoo.com.mx